

**PEQUEÑA  
CRÓNICA DE  
SANTA CRUZ**

**Espíritu de  
contradicción**

**y remedios urgentes**

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

En agosto, cuando el termómetro inicia su escalada, sin reminiscencias bélicas, sudamos a mares y protestamos con las escasas fuerzas que la ardiente lanza del sol deja en nuestros cuerpos.

Ahora, cuando el otoño se acerca a pasos agigantados, cuando la temperatura desciende y el Teide se prepara para lucir, con orgullo legítimo, su capa de nieve y armiño—con coquetería impropia de su seriedad y severidad—nos aprestamos a casi titiritar y a que, de frío, se nos salten las lágrimas.

Y es que, sin lugar a dudas, todo lo sabemos, todo lo sufrimos sin que, de verdad, estemos educados para nada.

El hombre carece de alas. Pero se lanza en las que le prestan los "jets" para emular las andanzas y aventuras de Icaro. Y, para no ser menos, con aletas apropiadas—disfrazado de renacuajo—hace la competencia a los tritones mitológicos.

El frío y el calor le dañan. Pero él, tozudo, se empeña—y continúa haciéndolo—en la exploración y conquista de las llanuras heladas y los infiernos tropicales.

Los grandes saltos aéreos han pasado a la historia. Ahora privan los espaciales. Y éstos se intentan ya en batida, como los saltos del circo. Uno tras otros, día por día, los "missiles" y las cápsulas espaciales—unas tripuladas y otras no—van alzando el vuelo para ganar un poco de espacio.

Y no deja de ser interesante, curiosa y emocionante, esta porfía de estos monstruos metálicos tan fuertes de corazón como aún tan cortos de autonomía.

El problema está planteado en términos clarísimos: hay que reducir el peso sin menoscabo de la potencia. Legiones de hombres de ciencia y de peritos de la astronáutica, trabajan para resolver el problema.

También en los laboratorios y talleres de la Naturaleza se trabaja sin descanso. Hay animales a medio terminar, a falta de un último toque. En algunos países el avestruz se pasa la vida haciendo el camello, en espera de que la crezcan las alas libertadoras.

El hombre mismo necesita un retoque. Y eso que él se cree perfecto. Un escritor del siglo pasado elevó a la Naturaleza un pliego de reparos que, desde cierto punto de vista, no carecía de fundamento y buen sentido. Se quejaba, por ejemplo, de tener dos ojos en la cara y ninguno en el codo, donde suele hacer falta. Y también le parecía absurdo llevar el almohadillado de las pantorrillas detrás de las piernas y no tenerlo delante, en la espinilla, que es precisamente donde nos dan los golpes.

Si la Naturaleza, nuestra profesora, no ha perfeccionado todavía sus obras, bien puede el hombre consolarse de no haber puesto el mejor término a las suyas. Entretanto, hace bien en seguir luchando, sin rendirse, seguro de que cada fracaso aparente es un tanteo efectivo.

La verdad es que no nacimos para trabajar y nos las arreglamos de manera que, si no trabajamos no podemos vivir. Tenemos dos pies y, sin razón aparente, redoblamos nuestros esfuerzos para—sobre letras de cambio—auparnos hasta las cuatro ruedas.

Vivimos, repito, en constante contradicción con la Naturaleza o, mejor, no vivimos para lograr un más perfecto y tranquilo vivir. La contradicción preside con su enorme interrogante el diario quehacer y acontecer de unas vidas que, contadas por miles de millones, se preocupan y angustian. Y todo por llevar la contraria, por esa obstinación enfermiza que nos domina y hace actuar de forma tan en desacuerdo con nuestros deseos.

Por eso es que cierto inventor—creo fue Edison—declaró que nunca había visto a una persona feliz. De lo cual se desprende que tampoco lo fue él, ni siquiera en las horas de sus grandes inventos. Ante lo expuesto, y sin recargar demasiado las tintas pesimistas, ¿quién se compromete a encauzar y administrar con éxito a unos seres así? A escala municipal, el intento, el simple intento, adquiere características de simple problema. Buena prueba de ello es este Santa Cruz de nuestras penas. Nuestra ciudad—como todas las ciudades—estrena de vez en cuando plazas, calles y algunas otras mejoras.

Entonces se mira en el espejo y, con gestos de desagrado, comienza a protestar y murmurar. Comenta que si la tira de aquí o de allá y, con destemplanza, señala las arrugas que deforman tales o cuales sitios. ¿Como si supiera más que toda una Corporación Municipal.

Y es que la Naturaleza goza con hacer burla de los pueblos cuando pone a prueba su espíritu contradictorio. Como no sabemos trepar, coloca la fruta en las ramás más altas. Como no somos mineros más que a regañadientes, coloca las riquezas más preciadas en las entrañas de la Tierra. La Naturaleza entrega sus velos virginales uno a uno, con el fin de que el hombre se interese por el que, siempre, viene después.

También por esto da, cada cierto número de años, nuevas promociones de científicos, escritores, ritmos nuevos y algún que otro invento, éste más bélico que útil en la gran mayoría de los casos.

Y también, con la misma periodicidad, se renovan las Corporaciones Municipales. Y hay ansias de trabajo, impulsos e iniciativas que se plasman en realidad por estos hombres que son algo así—permítasenos la comparación—como los sastres que cuidan del vestido de la ciudad, los responsables de su tocado y elegancia.

Pero surge entonces ese constante vivir en no menos constante contradicción. Los transportes públicos—tanto autobuses como taxis—fallan lamentablemente; falta la vigilancia nocturna; el problema del tráfico se agudiza y, para no ser menos, también el del alumbrado; el problema de... ¿para qué seguir? Todas estas anomalías son, pura y exclusivamente, producto de ese espíritu contradictorio que preside nuestro vivir. Pero a estas anomalías hay que poner remedio, rápido remedio, como ese que, con ejemplaridad y urgencia, se está poniendo a los baches que adornaban ciertas vías de Santa Cruz. Y que, seguros estamos, pronto se extenderá hacia otras esferas que también esperan la solución precisa, inaplazable.